

MANUEL MONTALVO

DON QUIJOTE:
LA FORJA DE UN CABALLERO
SIN FE

GRANADA
2015

© MANUEL MONTALVO

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

DON QUIJOTE: LA FORJA DE UN CABALLERO SIN FE

ISBN: 978-84-338-5810-8 Depósito legal: Gr./986-2015

Edita: Editorial Universidad de Granada

Campus Universitario de Cartuja. Granada

Fotocomposición: María José García Sanchis. Granada

Diseño de cubierta: Francisco Vega Álvarez

Ilustración de cubierta: Marite Martín-Vivaldi

Imprime: Imprenta Comercial. Motril. Granada

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Poco menos que desatino pudiera parecer mezclar palabras como *dinero*, *riqueza* o *jornales* al escribir sobre don Quijote, a quien canónicamente se ha tratado con interesado esmero filosófico o exquisitez literaria. Y no es que sobre ni lo uno ni lo otro, más bien son imprescindibles si se trata de comprender un personaje universal del pensamiento bajo esas luces, que necesariamente también tienen sus sombras, su realidad, que es la tierra hollada por las pisadas de Rocinante, son los cielos de mañana contemplados por el inefable Caballero, son las reclamaciones pecuniarias de Sancho, que no ve la hora de que su avenado señor le pague en dinero contante y sonante y a ser posible a tanto crecido las fatigas de su trabajo, sin contar los obligados ayunos, apaleamientos o burlas, que habían de correr por cuenta aparte, como sucedió en los escabrosos adentros de Sierra Morena cuando aquel Ginés de Pasamonte le robó su burro, muy real y preciada prenda de su menguado patrimonio: *el sustentador de la mitad de mi persona porque con veinte y seis maravedís que ganabas cada día mediaba yo mi despensa*.

Apenado y siempre generoso, don Quijote, consoló a su escudero con la promesa de entregarle una cédula de cambio por valor de tres asnos de los cinco que había en su casa. Y claro, para que lo prometido no se quedara en agua de borrajas, Sancho aprovechó la ocasión de incluir la deseada *libranza pollinesca* junto a lo que escribiera de desvelos y sacrificios el platónico enamorado a su amada:

Y habiéndola escrito, se la leyó, que decía así:

Mandaré vuesa merced, por esta primera de pollinos, señora sobrina, dar a Sancho Panza mi escudero tres de los cinco pollinos que dejé en

casa y están a cargo de vuesa merced. Los cuales tres pollinos se los mando a librar y pagar por otros tantos aquí recibidos de contado; que con ésta y con su carta de pago serán bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena, a veinte y dos de agosto deste presente año.

Por fuera de la desbordante ironía, que a duras penas se contiene en la ajustada redacción de la letra de cambio, revela por parte de don Quijote un conocimiento de los hechos cambiarios que en nada desmerece de un Simón Ruíz, luminaria entre los grandes mercaderes. Y no es menor el saber de Sancho Panza, que en absoluto se extraña de los modos escribaniles, llenos de fórmulas vacías para asustar a las confiadas e iletradas gentes.

A don Quijote no le duelen prendas escribir en una cara: *El ferido de punta de ausencia y el llagado de las telas del corazón*, y al dorso: *Mandaré vuestra merced por esta primera de pollinos*, porque su amor no está reñido con la realidad de una obligación cambiaria, sin ambages aceptada por Sancho: es una letra de cambio, una promesa cierta de dinero.

Este trance invita a pensar de una manera distinta el *Quijote*, profunda, y qué mayor hondura puede haber que llegar al fondo de los hechos que conforman la vida: los precios, los salarios, las carestías, la pobreza, que se está sufriendo en aquella precisa ocasión, no en ninguna otra, circunscrito a su ámbito, tampoco a ningún otro: ocasión y ámbito no son extrapolables ni conmensurables.

La circunstancia de don Quijote está apegada al tránsito de los comerciantes, a las ventas y al tráfico de los arrieros, a todos a los que van o vienen por aquellas tierras, incluso sea llevando un féretro a través de las andariegas noches. Carece de sentido de la realidad realizar ensoñaciones desde altas cimas y recrearse con el vuelo solemne de las águilas o estremecerse ante las oscuras y ríscosas simas, acaso adornadas con un parco rodal de azules cantuesos o de gualdas margaritas, para hallar un alma adolorida por una España postrada por males sucedidos siglos después.

En el espíritu de don Quijote no arde una razón vital que crepita, dé calor en donde haga frío, arroje luz en las sombrías oquedades. No

es el grito que con espanto reclama ¡oscuridad, más oscuridad!, para qué, qué clase de despropósito sería pedir lo que tan tristemente sobra y se encuentra en el vivir paradójico en una España, que *ansi el no haber dinero, oro ni plata es por averlo, y el no ser rica es por serlo*.

La Mancha es un mar de tierra aquietado por la pobreza, de secos labrantíos, y si acaso se distingue algo son algún que otro humilde aprisco asustado de casas de nombre que suena con los puros metales del yunque castellano.

No es vivir en peligro la hazaña de don Quijote, es morir en peligro, adentrarse en el denso bosque de la tristeza y amanecer sin ninguna fe en días vencidos, derrota tras derrota. Su alma se ha liberado de las aflicciones, está libre del nudo corredizo de la tragedia. No es el cristo que clama contra el abandono de su padre, a Dios le nombra con lejanía, sin vana esperanza, con epicúreo desentendimiento: es tan infinita su ausencia.

Sin fe no hay duda que maniate las manos, trabe los pies, ponga mordaza en la boca, se puede ser libre para hacer el bien: consolar y, en lo posible, remediar a los llagados con la pobreza, los maltratados de la justicia o heridos de la fiereza del poder.

No le corroe la desesperación porque es inocente de pecado: carece de un ajeno pecado original. Distinto a los mortales, no arrastra el pecado de nacer y no ha de sufrir la penitencia de vivir y sufrir la desesperanza de creer en la salvación.

Es don Quijote un personaje de un tiempo de apariencias y una España sufriente de un gran *encantamiento*, que participa con toda la realidad posible en la gran farsa humana de pobres, ricos y poderosos.

LOCURA Y DERROTA

Bien sabía don Quijote de la guerra, bien sabía cuál podía ser su destino antes de la batalla y después de la derrota. Así lo pregona Sancho hincado de rodillas cuando al fondo del camino divisa su aldea, la querida patria:

Abre los brazos y recibe también tu hijo don Quijote que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo; que según él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede.

Don Quijote llega vencido doblemente, de mano ajena y de su propia mano. El fingido Caballero que lo venció, aquel Caballero de la Blanca Luna, no otro que el Bachiller Sansón Carrasco, movido por el bajo sentimiento de la lástima, fue el culpable de que el mal de la tristeza, vieja dolencia del alma, se cebara en la naturaleza proclive de don Quijote a estos males y daños del sentir, le diera el más miserable fin, del que nunca fue merecedor: la derrota y la gracia de la vida, cuando hubiera deseado que su derrota se hubiese consumado allí mismo donde fue vencido, y así se lo dijo a su vencedor: *¡Aprieta, Caballero, la lanza y quítame la vida, pues me has quitado la honra!*

Era un gesto de valentía, tan solo un gesto porque su derrota se había consumado mucho antes, antes de que diera principio su aventura, antes de perder de vista por primera vez las casas de la aldea, ya cabalgaba vencido. Su vencimiento no fue cuestión de los lances de una batalla, que se pierde o se gana según pinte la fortuna, venía de antiguo, cuando leyendo los libros de caballería, comprendió cuál es el destino del hombre: la de un ser vencido, por sí mismo y por los días.

Fue su voluntad entablar una guerra perdida en el momento justo que oyó como enmudecían los tambores, como los girones de las enseñas señoreaban los mástiles rotos y el viento aventaba las encendidas proclamas, dejando los ecos y otros despojos, glorias y honores. No dejó el menor resquicio para que la ilusión penetrara su sentir, para qué. Hizo suyo su vencimiento y con esa tristeza responsable se avino a sufragar los daños de la guerra perdida.

Con este bagaje, armado de lanza de virtud olvidada, adarga de gloria inquilina y rocín de lustre flaco, emprendió el fin de la empresa, obrando en su conciencia la justicia del empeño. Y si vencido viene es porque *aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos* es un hombre, como todos los hombres, derrotado de antemano.

Ningún armero humanista podría desdeñar las armas que portó don Quijote para entablar la singular lucha que tuvo comprometida. Los peligros que le acecharon, las inefables hazañas, los encomiables hechos, aparentemente se encierran en la suma de debilidades que aquejan al hombre y es necesario vencer. Cada debilidad es un peligro que amenaza con socavar la integridad humana, y el hecho más valeroso, el de más aprecio ha de consistir en dar remate a la dolencia para sanar y elevarse sobre lo accidental y pasajero de la existencia.

Luego de que esto suceda, se hallaría el hombre desnudo de toda vanidad, en la poquedad de la dimensión terrenal y pertrechado con el saber único de tenerse en el espacio que ocupa la palabra humano.

En la armería de don Quijote relucen los adjetivos:

De mí sé decir que después que soy Caballero andante soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos.

Siendo así, con una carnadura única, don Quijote se duele de haber sido encerrado en una jaula como un loco. Aunque se pueda comprender, es de lamentar su daño. Siendo valiente, comedido, liberal, blando, paciente y generoso, no merecía verse rebajado y preso, tratado como un demente furioso, como un animal que precisa de barrotes y cerrojos.

Fue muy grande la ofensa que le infringieron y que él echó en saco roto a cuenta de los encantamientos que sufría o disimulaba sufrir vestido de paciencia y serenidad, para no darse por enterado de la desdicha de ser llevado por los caminos dentro de una jaula y vigilado por cuadrilleros de la Santa Hermandad. Pero don Quijote hecho de esa condición humana que se resume en razón y bondad, no podía ser más que un derrotado, pues sus armas no son buenas para el combate, tienen las puntas romas y a la menor resistencia se doblan y rompen. Las buenas armas, las armas de la vida, son otras: la codicia, la envidia, la ruindad, la hipocresía, con éstas y no con las de don Quijote se llevan a buen término los propósitos.

Pretender cambiar el rumbo de las cosas, anteponiendo virtudes a pecados, mucha bondad a la ruindad, es un fin delirante, sin sentido, que buscando lo trascendente se estrella en las maldades felices e inmediatas, en la ofensiva insania de enjaular a un hombre.

El humanismo del que ha hecho gala don Quijote al hablar de sus dones de una manera tan franca, estaba desde el origen condenado al fracaso. Las guías de la humanidad iban por otros derroteros, la modernidad se estaba fraguando con otros materiales distintos a los valores humanistas y el Caballero de la Triste Figura quiere demostrar con su vencimiento que su falta de fe está avalada por los hechos, declarándose sin ambages *mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida defenderla*.

Esta verdad la recuerda Gracián cuando dice que la mayor monstruosidad de la vida *es estar el engaño en la entrada del mundo y el desengaño en la salida*.

Al vocear Sancho que don Quijote regresa vencedor de sí mismo, indiscreto y osado está diciendo lo que su amo le dijo en secreto, seguramente con palabras muy claras, sobre la vaciedad del humanismo, la inutilidad de las virtudes; pues él, portador de las más extremadas y caras, era el ser más indefenso, el que en más completo abandono sufrió las inclemencias de las leyes y las cuerdas razones, los rigores de las ásperas reglas del comercio. Paciente, débil y enjaulado, hizo de la derrota la más patética y entrañable victoria.

La mortal cordura

En el lecho mortuario de Alonso Quijano todo ha concluido, todo lo que fue ya es nada. Unos pocos meses de su vida han quedado sumergidos debajo de la conciencia. Alonso Quijano se arrepiente, es un hombre bueno, sosegado, de trato apacible, que nunca niega el saludo ni el favor a sus vecinos, y que así andando la vida con sus altos y bajos, ha llegado a las últimas esquinas, y pronto estará a punto de volver la postrera.

De lo que ha de dejar la vida que tuvo, hará oportuno testamento y se pondrá, aunque nunca estuvo a malas, a buenas con Dios, del que espera su misericordia, como esos pastores que tantas veces ha visto vagar por las tierras a la búsqueda de mejores yerbas, como esos comerciantes, falsos e interesados o esos clérigos de buenas palabras y malas obras que algún día habrán de rendir también cuentas.

Alonso Quijano es uno más entre tantos que ha de entregar su vida cansada y su alma esperanzada al más allá. Como fue un hombre de recto proceder y buen cristiano, nadie quiere que se muera, y todos se sienten culpables de la enfermedad que le tiene postrado en la cama: esos desabrimientos, esa melancolía que se le ha ido metiendo en la sangre y ya le acedía el rostro.

El bachiller Sansón Carrasco fue el salvador de su locura y se arrepiente de haber sido el vencedor del otrora don Quijote de la Mancha. En su casa guarda los atuendos de la victoria, las armas y la piel de aquel Caballero de los Espejos.

El cura se lamenta de la pérdida de Alonso Quijano y sin demoras se adelanta a darle la extremaunción. Llora la sobrina y el ama, llora Sancho y suspira luctuosamente su mujer Teresa Panza.

Aquella tan grande amada y enemiga suya, Aldonza Lorenzo, no llora porque no sabe ni supo jamás de su mal. Cuentan que Alonso Quijano anduvo enamorado de Aldonza, la hija de Lorenzo Corchuelo, pero que nunca se atrevió a confesarlo y lo fue callando con prudencia de hidalgo añoso, tomando en bastante esas miradas furtivas, que como besos robados tomó. Pero toda esta historia, la de Alonso Quijano, no deja ningún recuerdo que salvar de la realidad: fue viejo,

hidalgo y pobre en una España cansada, hidalga y vencida, su muerte no añade más caudal a los ríos de tristeza que surcaban Castilla.

Al abandonar la vida Alonso Quijano dejó la realidad tal como siempre fue, nada había cambiado. Sancho Panza seguiría siendo el mozo de brazos alquiladizos, que una vez gastado el dinero conseguido al lado de don Quijote, debería volver a buscarse un jornal ora ensartando vides, cuidando animales o dando peonadas en la escarda o en la siega, y recordando a las buenas que tuvo otra vida no de veras, la de escudero de un buen Caballero.

El bachiller Sansón Carrasco continuaría haciéndose viejo en las tardes y mañanas de una aldea sin nombre, al lado del cura y el barbero, dueños del sentido común de los hombres razonables que se alarman de lo poco y no se asustan de lo mucho, caritativos y entrometidos, arbitranes de remedios infalibles contra todas las calamidades, torcedores de los destinos más empecinados.

Qué decir de Aldonza Lorenzo, moza aguerrida, se gastaría en parir hijos jornaleros, rastrillando lino o en la trilla de las eras, siendo feliz arrancando del mal vivir una sonrisa, alguna ilusión.

Poco más o casi lo mismo se podría decir de la sobrina de Alonso Quijano. Con una escasa dote los pretendientes no abundarían pidiéndole casamiento; pero por qué no podría acercársele algún mediano de su condición y renta, por qué no había de tener hijos de los que temer avenamientos de locura heredados de por sangre de su tío.

Mucho decir del ama y Sanchica pecaría en lo vano y excesivo, más propio de las gentes principales, no de las personas sencillas que gustan y pasan desapercibidas sin dejar más memoria que una cruz en un pequeño rodal en los alrededores de la iglesia.

Después del duelo de Alonso Quijano, despedido por los vecinos con serio silencio y susurradas plegarias, en la aldea vendría la amanecida y volvería la oscurecida, los días se irían yendo por el camino como viajeros sin equipaje y siempre de paso.

Aldonza, Sanchica, el ama, Sansón Carrasco, el cura y todos los que sin nombre se aprecia su presencia cercana a estos, son hombres y mujeres reales, martilleados en la fragua de los hechos y modelados al

modo de la poquedad humana. No son musarañas, habitantes de los delirios de don Quijote. Son personas de carne y hueso, portadoras de un egoísmo palpitante y fieles súbditos del poder y la riqueza.

Sin riesgo de errar, se puede afirmar que don Quijote fue encarnizado enemigo de las apariencias, pero no de la realidad, aunque unas y otra se aliaran en santa cordura para derrotarle y convertirle en siervo del peor feudo: el sentimiento de la mortalidad.

Como Caballero de la orden del descreimiento, tomó los atavíos y palabras de un feudalismo que no enraizó en las tierras de Castilla. En la claridad de su locura niega el pasado que no existió y enfila su lanza hacia la modernidad que apunta en el futuro.

Cuando don Quijote, por todas las razones que impone la realidad y mandan las apariencias, sale de su casa con el propósito firme de convertirse en un Caballero sin Fe, se deslinda de todos los jesucristos y salvadores, perjuros de la existencia y falsos profetas de reinos celestiales. Busca a los hombres: no son buenos o malos, ni espera que sean mejores; por eso son merecedores de su misericordia y no los toma como enemigos sino como pobres poseídos de la enfermiza pasión de vivir.

En su ánimo obra defender a los menesterosos, débiles, necesitados; aunque diga y hasta repita Sancho, pagado vasallo de la realidad, *ha de comer al que ha sed y de beber al que ha hambre* y asegura que *es humilde con los soberbios y arrogante con los humildes*.

No es cierto, siempre tuvo buenas palabras para los humildes y de su bolsillo no faltaron unos cuantos reales para socorrer a los pobres que le salieran en el camino. Pero qué mejor podía hacer, enseñó la conjugación del verbo descreer, descreer de la realidad, de las apariencias, de todos los mundos, de los reales y de los prometidos.

Mejor arbitrista que Cellorigo, Sancho de Moncada o Luis de Ortiz, propuso el mejor arbitrio que arbitrarse pueda contra los males del tiempo y la humanidad: la falta de fe.

Cuando en lo único que se puede creer es en el dinero, el poder y la riqueza, don Quijote se pregunta: ¿cómo creer en la locura del dinero, en el sueño del poder, en la postración de la riqueza? Se podría creer en la bondad, en el abrazo fraternal de los hombres, ¿pero cómo?

La bondad se encuentra debidamente inventariada entre los derechos y propiedades de la iglesia, celosamente asentada en los libros divinos con los requisitos de registro propios, fecha, valor y medida.

En verdad es una bondad extraña por mucho que sea un cántico, una plegaria de iglesia o provenga de los que tienen el privilegio de decidir sobre la suerte postrera.

Puede que alguna vez la bondad humana fuera patrimonio universal, no sujeta al Imperio de ninguna ley, pero de ser así no se conserva memoria, y ¿cómo creer en el olvido? De creer en la bondad habría de ser en la de don Quijote, precisamente por las razones envidiosas de los hidalgos que le critican:

se dé a entender que es valiente, siendo viejo, que tiene fuerzas estando enfermo, y endereza tuertos, estando por la edad agobiado, y sobre todo, que es Caballero no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres.

Justamente por todo eso, porque es valiente siendo viejo, porque saca fuerzas de la enfermedad, porque no se rinde a la pobreza y se llama con justicia Caballero. Nadie que no fuera don Quijote, viejo, enfermo y pobre, podría emprender la aventura del descreimiento, decir, ir diciendo entre risas y golpes, burlas y apaleamientos, yo sé quienes sois, que queréis y adonde vais; es decir, sois hombres que no se conocen, que no saben lo que quieren ni saben dónde van.

Con la única ayuda de una razón estrecha y mezquina, yugo parece más que razón, se encaminan al logro del sueño de la vida mediante la utilización de cualquier medio, de todos los medios a su alcance. Unos consiguen su fin, otros lo persiguen, y todos, pobres desvalidos, se aman por sumo de todas las cosas y cuando dejan de amarse empiezan a compadecerse.

En esta pavorosa pesadilla, de muy mal despertar, que dura todas las jornadas de todas las vidas cada hombre es tomado por un precio, ya dado, ya recibido, en un macabro y pueril juego: el valor humano se mercadea siguiendo la regla de lo que vale menos se valora en más y lo que vale más se aprecia en menos, se amasan ganancias y se amontonan miserias, emerge la riqueza para unos con la calidez de

un radiante sol de verano y la pobreza se evacua por los albañales de cementerios y hospitales.

Aun este pesaroso sueño puede ser más abrumador, más real, estallante como la pólvora, teñido de sangre de los que mueren en beneficio del poder. Esta es la aterradora ensoñación que mantiene en vigilia a don Quijote: es el poderoso encantamiento que ha secuestrado la voluntad de los humildes, de los débiles y les ha hecho mudanza de su sentir, convertido en moneda cobriza y miserable, símbolo de la degradación y decadencia.

Por no creer don Quijote que esa sea la realidad y sí el fruto de un encantamiento, entre dos luces salió por la puerta del corral de la casa dándole la espalda a Dios y determinado a negar con sus hazañas los credos del dinero y el poder, que han de sufrirse pero jamás aceptarse con ninguna fe.

El silencioso, invisible e insufrible enemigo

Son tierras de Castilla, un extenso mar de tierra, quieto, calmo, hastiado de cielos en guerra y tormenta, que a lo lejos parece hubieran dejado a la suerte de la zozobra torretas de hundidos galeones, altas y desnudas espadañas a las que le hubieran arrebatado los gules de los estandartes. El aire trae aroma de tristeza, humedades de ruinas, viejas sequedades de abandonados barbechos, quejidos de retorcidas vides, como soldados mutilados llegados de la última batalla perdida.

Hubiera parecido que aquella malhadada Trafalgar hubiera sucedido en estas tierras mansas, de leves ondulaciones verdes, pronto desaparecidas en extensas leguas rojizas, sobre las que se alzan torres de iglesias que presagian rendiciones de humildes ábsides y atrios, lienzos de muros, heridos por el tiempo y afrentados de sucios encalados.

Doblan las campanas a la hora del ángelus con el son quejumbroso del hierro, se estremece el silencio y huye de la plaza por los ramales de las escasas calles que ciegan en los primeros bancales.

Aunque rehuido se allega de nuevo el silencio sobre las casas, la plaza, la iglesia del pueblo, que son todos los pueblos de la ancha Castilla: Algamasilla del Alba, Calzada de Calatrava, Campo de Criptana,

Toboso, Torralba, Esquivias, Montesclaros, nombres que suenan recios y hermosos en el albor de la palabra castellana; sin embargo, invitan a su olvido, a la mudez que deja sobre los labios como polvo de los caminos que llama a la sed y anubla la vista.

Es justo, es más que justo, es sentimiento que se huele, se palpa, duele, no querer recordar aquellos lugares en los que se ha recibido por toda atención rencor, si acaso, indiferencia o el más común desprecio, moneda de uso corriente entre las gentes.

El más benéfico bálsamo para no revivir la afrenta es el olvido, negarse a recordar en dónde se ha vivido, con quiénes, porque vivir puede que ya sea un insufrible insulto para los que caminamos juntos hacia la nada, derrotados del más sañudo e inclemente enemigo: el tiempo, ante el que no cabe postrarse de rodillas, suplicar, gemir, rogar perdón; pero por qué había de hacerse, cuál es el delito, cuál la culpa.

Un breve examen de conciencia revela que no hubo delito, ninguna culpa. De haberlo habido, la sentencia del vencedor habría tenido, aun fuera mínima, una cierta medida, alguna proporción. En la desproporción anida el caos, fenecce el dios evangélico, la verdad encontrada en la razón derivada de la comparación entre lo que se ve y se oculta, entre la tormenta y el trueno, la primavera y las rosas.

A poca duda a que se someta la culpa se revelará que carece de existencia: no existen culpas por las que sufrir condenas, salvo que nacer ya sea culposo; seguir viviendo, delictuoso. Así debe ser para el tiempo, el implacable César, el melancólico Nerón, que daña, enceguece, avieja y mata.

Ese es el gran enemigo de don Quijote. No lo son los aguerridos ejércitos de deslumbrantes y valerosos Caballeros, no son esos monstruos que cercenan los vientos con sus alas. Es el tiempo, con sus invisibles mesnadas de días, que sitian y destruyen los más sólidos castillos fraguados de aire e ilusiones, en cuyas almenas ondean dulces engaños.

Los feroces lacedemonios que son los días, innúmeros en cantidad e inmensurables en crueldad, con sus poderosos arietes van abriendo grandes boquetes en los lienzos de las ilusiones, que van cayendo abatidas sin estruendo, sordamente, dejándolas en su pura desolación, en desengaño, en resignación.

Se sabe que don Quijote salió de su casa en pos de la consecución de su derrota una mañana de julio, que se supone clara, de altos cielos, una mañana en horas de alba. No se oyeron campanadas llamando a misa, ni reloj de torre que dejara caer la hora de su campanil. Bien a propósito deseó pasar desapercibido para que las campanas no alertaran a su vigilante enemigo y feroz le persiguiera por los caminos de los grandes lares de la locura.

Qué gran ardid es no oír el palpar del tiempo, no pensar siquiera en el pasar de las horas, que pasan de penumbrosas a claras para finalmente atardecer en oscuras, sin ninguna medida.

En su partida tuvo don Quijote la prevención de olvidarse de la medida del tiempo: sin medida, el tiempo se semeja al verdugo que hubiera perdido el hacha o al carcelero que hubiera extraviado las llaves de las celdas de la cárcel: suceso sobre el que no cabe esperar se convierta en definitivo. Volverán las llaves a las cerraduras de las puertas y la piedra de afilar le sacará afilado y brillante filo al hacha; en tanto, se puede soñar, ser libre de presidios y condenas, de las amenazantes horas que sin cesar marcan las manecillas en su girar alrededor de la esfera del reloj.

Encierra el reloj la idea de domeñar el tiempo, de hacerlo circular pausadamente por el cauce de su medida. Y de ahí se llegaría a pensar que del reloj mana el tiempo, con que la abstracción de la medida se habrían convertido en tangible sustancia, en horas que se pudieran oler, palpar, también oír. Sentir con dolor, sentir con alegría. Horas de Dios, de quien también es el caudaloso río llegado de la ignota oscuridad de los siglos para encontrar remanso en el dique de la idea de la salvación.

Sólo la rotura de ese dique, la negación de Dios, podría haber desvelado el curso del tiempo, con sus rápidos y meandros, su fuente incierta, su zozobrosa desembocadura. No fue así, el miedo, el temiendo y humano terror al después, el temor al castigo de un verdugo supremo que desconoce qué sea el amor, qué el perdón, embalsó el tiempo en las nociones de dolor y castigo: castigo y sufrimiento al nacer, más pena y quebrantos al morir.

El futuro y el pasado se confunden en el presente: ayer fue como es hoy y será mañana. Podría ser una pesadilla, pero es la realidad de

un amanecer que amortece en la sombras como ocurrirá mañana y pasado mañana. El futuro desaparece de un día renacido en otro, de la certeza continuada en la seguridad. El presente se hace infinito, supera los más inimaginables confines, toca los más remotos principios y convierte al hombre en una criatura indefensa, pavorida, que sólo es la encarnadura del miedo, prolongación de otra, hecha de terrores heredados de su padre, que también los recibió del suyo.

Este es el hombre, trascendido de ayer, hecho a imagen y semejanza de un pretérito tenebroso.

La salvación, la verdadera salvación, podrá sobrevenir en el amanecer de la idea de un futuro necesariamente incierto, desvelador de la finitud, la humana finitud de un ser percedero: el hombre.

El sentimiento de finitud acerca a la creación de una conciencia agónica, muy adolorida por el desencanto, por el inquietante sentir que se hace culpa inocente de las duras condiciones en que se desenvuelve la diaria existencia: juntas vecinean por los campos yermos, por las casuchas medio derruidas, la peste y el hambre. Los días malos son augurios de los peores y la luz despunta con velos de luto. Pareciera que la vida siempre estuviese de duelo.

Ir y quedarse y, con quedar, partirse.

Dice Lope expresando la profunda tristura que lleva descubrir la conciencia estertórica de un hombre que no cesa de morir desde que nace.

Los verdores nuevos de la primavera, los dorados atardeceres del otoño, adquieren una significación distinta: se tornan en presagios de estío, luego de invierno. La duda ha hecho hecatombe de todas las certezas: ¿Y cuándo acabe el tiempo? Probablemente sea cuando la inmensurable nada apunte por el horizonte y acuda una sensación de percedera y torpe pequeñez, de cuerpo, de manos y, sobretodo, de pies para huir de la inmediatez de la finitud.

Con grave acento de desengaño declara Martínez de Cuéllar:

así es la vida, siempre variable, nunca una, y al fin nada.

A nadie se le debería juzgar de errado o lunático por declararse inocente de tan inclemente condena: *al fin nada*. Además, qué importa se le tildara de infausto o tronado por tan comprensible empeño. Ante el tribunal del desengaño muy de menos es quiénes sean los juzgadores, sean necios o atinados, el fallo será siempre irrelevante.

El tiempo y sus ecos

Mientras el tiempo siguiera manando de un origen oscuro se hacía precisa la medida, el engaño que permite creer que el tiempo puede poseerse, que es una propiedad tangible como la tierra o las casas: admite una valoración precisa, mucho más exacta de la que pueda ser la medida de la distancia que el hombre intenta abarcar desde la cortedad de los brazos que extiende en el deseo de contener lo que va de sí al horizonte o en el número de pasos o zancadas que lo separan de cualquier sitio.

El tiempo no podía estar sujeto a una medida tan tosca, requería de un instrumento exacto de medir que no estuviese a las contingencias físicas de las extremidades de los hombres, que fuera un instrumento con una autonomía interna, independiente como el propio tiempo de la voluntad de los hombres.

La necesidad del instrumento de medida se concreta en el artefacto del reloj, artilugio que mide el tiempo día y noche, en nublado y con sol, gracias a un corazón mineral de latidos mecánicos que no cesan de repetirse, seguros, medidos y ciertos, no sujetos a las emociones ni a las melancolías humanas.

Sonando a las horas, las medias y los cuartos, girando las agujas continuamente alrededor de un círculo, pareciera que se había dominado el tiempo: con el ardid de la medida se había logrado el engaño de su propiedad. Iba y venía cortado por los segundos y minutos, quebrando su paso en las horas divididas en cuartos y medias, parecía el tiempo sujeto a un hilo invisible que le hacía girar con pulso sereno, sin descanso ni cansancio, por las horas de luz y de oscuridad de los días pasados y venideros.

En fin, qué más daba no fuera cierto, se había conseguido descubrir el origen del tiempo, estaba allí, detrás de la esfera del reloj, surgía como

una fuerza invisible que hacía mover las agujas horarias y minuterias con la exactitud marcada por los pasos de las ruedecillas dentadas, que condenaban al tiempo al abrazo helado y ferroso de los grilletes.

De la medida del tiempo podían participar todos. Las horas comunales dadas en los relojes de las plazas surcaban el silencio para alcanzar a los humildes y a los poderosos. La perfecta maquinaria del tiempo no establecía barreras, para el reloj todos los hombres eran iguales, y así se piensa que debiera ser la república, toda debidamente concertada en sus distintas piezas y ajustados sus resortes por el gran relojero, por el Príncipe.

La medida del tiempo crea la metáfora, se sueña en convertir la república en un gran reloj, y es que el hombre necesita creer, creer que el tiempo es suyo, que su medida es exacta, que el Príncipe podía ser el experto relojero que impulsa la república a dar las horas del progreso.

Por humanos son perdonables los delirios, las apariencias. La realidad es otra, es una realidad interesada, que toma la medida del tiempo, las horas que se desgranán de los relojes, como expresión de unos valores, ya que el tiempo finito y medido es riqueza que puede poseerse como se poseen los bienes materiales.

El tiempo dejó de ser una propiedad divina, infinito corría del pasado al presente hasta alcanzar a Dios, que generosamente repartía el tiempo de cada uno. Si el tiempo hubiera seguido siendo de Dios, los préstamos de dinero, lo que se presta hoy para devolverlo mañana, no tendrían un premio o recompensa, el tipo de interés; pues lo que se remunera con un monto de dinero es el tiempo que va de hoy a cualquier día, ese tiempo toma una forma monetaria, un valor.

El tiempo es de Dios, se decía; pero dejó de ser cierto, los mercaderes, peritos en el valor del tiempo, arrebataron la posesión del tiempo a su Creador y le dejaron la propiedad de la eternidad, que no tenía ningún valor. El tiempo abundante fluyendo a borbotones en los días, se convirtió en un bien escaso, tan escaso que exigía una economía precisa para que no se derrochara sin allegar rentas y provechos.

Cómo pretender que don Quijote participe en el tremendo delirio del tiempo y su medida, de su valor y escasez. Cómo podría ad-

mitir la propiedad humana del tiempo, su tráfico mercantil, regulado por las abstrusas reglas de los mercaderes. Así, si no oyó campanas en el curso de su aventura, tampoco echó en falta un reloj. Jamás tuvo la precisión de preguntar la hora o el día que era. En la casa de los duques seguramente no faltarían relojes en las salas. En la torre del palacio algún reloj cortarí­a el día en horas. Y si no fue allí, al menos en el Toboso hubo de oír las campanadas de la media noche: *al filo de la medianoche* se cuenta que fue la hora gloriosa de entrada en la ciudad de Dulcinea. O sería en Barcelona, donde no miró los relojes de las torres ni le importunaron su campanear. A su alrededor hay una vida poblada por los ecos mecánicos de las horas, campos de silencio abatidos.

Si la conciencia del tiempo hubiera llegado a someterlo a sus urgencias, habría rogado que le dieran la hora. Cerca estuvo de don Diego de Miranda o de don Antonio Moreno, seguramente portadores de aquellos relojes pequeños que los acaudalados llevaban en los bolsillos. Pero no fue así, ocultó el reloj a su mirada y desdeñó el falso Imperio de la medida del tiempo. Sin que por ello los relojes dejaran de existir, con su bestialidad mecánica continuaron latiendo sordamente y dando horas silenciosas en esta historia.

En la casa de los duques algún reloj debió dar las once de la noche, que fue la hora en que le dejaron a don Quijote en su habitación una vihuela. O si es cierto lo que se dice, debía de haber un reloj muy próximo marcando las cuatro de la tarde cuando don Quijote se dispuso a contar la aventura vivida en las profundidades de la cueva de Montesinos. Tampoco Sancho, la última noche de burlas en la ínsula preguntó la hora. Habiendo mercaderes, duques, curas y labradores, ¿cómo habían de faltar relojes que midieran su tiempo?

Es seguro que Sancho no llevaba ningún reloj consigo, de haberlo llevado habría molestado a don Quijote, como le importunó demandándole los salarios que le adeudaba por los servicios prestados. Sancho sumamente cuidadoso con el tiempo, debió ir contando uno a uno los días que pasó al lado de su amo, con sábados, domingos y lunes. Cada jornada rendida era un salario ganado, teniendo el tiempo un valor preciso expresado en reales.

Estas cuentas resultaban menguadas para don Quijote, que habiendo renunciado a todo interés, a todo culto de lo conveniente, había de soportar que la vecindad de su escudero, no siempre gozosa, tuviese un precio; lo que equivalía a admitir que el tiempo tuviese una razón. ¿Cuál es la razón de ir y sin posada partir? No hay razón en el tiempo que justifique la ida y la partida, el continuo renacer y fluir que arrastra piedras y vidas a la nada, sin dejar bienes en testamento, ningún limo del pasado que permitiera abonar el mañana.

Careciendo de razón el tiempo o siendo tan inabarcable como la inmensidad, el infinito y la nada, don Quijote que no es un hombre de iglesia, no declara suyos fundamentos divinos, prudente y sabio se aparta de la comprensión humana del tiempo, de las malas trazas de la medida, de la sinrazón de otorgarle un valor que no posee, de la locura digna de misericordia de los desvalidos y menesterosos.

Sólo la machacona insistencia de Sancho obliga a don Quijote a escuchar las exigencias salariales de su interesado escudero. Estas demandas eran a las claras sinrazones, Sancho había establecido un precio por su tiempo, cómo si el tiempo fuera suyo, cómo si realmente fuera propietario de una heredad, cuando en realidad era pasajero arrendatario de su propia vida, ruinas inminentes del enemigo implacable y cierto.

Esto no lo puede entender Sancho ni todos los sanchos que habitan las casas, las ventas, los palacios y los conventos, para ellos el tiempo es su tiempo, y en este engaño consentido o ignorado, compran o venden, prestan o arriendan, establecen los precios del tiempo. Don Quijote consiente en las sinrazones de Sancho, admite pagarle un precio por el tiempo de compañía, sabiendo que la compañía de Sancho no debía valer nada, que no vale nada, que es en realidad la medida del tiempo, nada. Pero no es don Quijote un redentor, su destino no está marcado por ningún símbolo de salvación, tiene la falsedad y el engaño como el necesario sustento de los hombres, que en este acuerdo sin firmas y protocolos, secreto y callado, creen hacer la vida menos corta, menos miserable, y a buenas con Dios, sueñan en la eternidad: ¡pobre Sancho!, pensaría don Quijote cuando compasivo le permitió que se pagara el tiempo de su propia mano.

Ante el tiempo, omnipresente y todo poderoso enemigo, cruel jamás perdona y vengativo nunca olvida, los hombres no tienen más valladar para resistir sus embates que la fragilidad de la vida, mucho menos duradera y resistente a los golpes que la celada de cartón de don Quijote. Por eso, el llamado con justicia Caballero de la Triste Figura, abandonó la sombra y la vida de Alonso Quijano a su suerte cierta, no se enfrentó a él ni emprendió la huida, carecía de valor la seguridad de la derrota o el testimonio de una escapada imposible, sin más preocupación, prudentemente le dio de lado, así como si no existiera, sabiendo que el tiempo le estaba aguardando al término del ser de don Quijote; pero cuando el tiempo quiso dar remate a las aventuras de don Quijote, el Caballero no estaba, había saltado el borde de la finitud, y con verdad pudo decir Alonso Quijano en el lecho de muerte: *en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño*

Don Quijote sin conciencia del tiempo habría logrado existir sin fe.

Del progreso al regreso, del regreso al regreso

Con la ilusionante credencial de la duda se podría intentar eludir cómo escapar de la vida cuando se la siente vacía de luz, abarrotada de hierros como una cárcel, de la que únicamente es posible evadirse a través de la trampilla de un patíbulo o dejándose envenenar por la angustia, aunque cierto sea que el pomo de la puerta para salir está al alcance de la mano, pero también no es menos verdadero que para tan aparentemente liviana empresa es necesario apartar la íntima cobardía de la ajena valentía.

Los mortales no son héroes, carecen de la clase de encarnadura que permite adelantar el pecho desnudo al destino certero de la flecha, de la bala o de la punta afilada del puñal. Son los héroes que luego del vencimiento se apartan de la senda del triunfo para no oír los cánticos de gloria ni el traqueteo de las ruedas del carro de la fortuna. Renuncian a la corona de laurel que les habría ornado la frente para evitar aun el somero peso que estorba orientar la mirada hacia el horizonte.

El valor que es don de los héroes, no brilla con su normal esplendor en las épocas de progreso, cuando en los campos borbotan

las doradas mieses, los ríos corren caudalosos y arrogantes hojean los árboles. Los perros con festivos ladridos anuncian la riqueza como si fuera su querido amo y la brisa del amanecer trae el aroma del pan recién hecho de la tahona.

Apartados en los retiros de la leyenda, los héroes permanecen como adormilados centinelas, apenas avisados de que repentinamente la brisa se ha vuelto iracundo viento que latigüea los ojos con las polvaredas que levanta, hace temblar los troncos de los árboles y hasta sus raíces se estremecen de cerval miedo. Ya no son ladridos los que se oyen, son desolados aullidos ante la tenebrosa noche que se viene encima.

El luminoso progreso de repente se ha tornado impenetrable y oscuro regreso. Se atrancan las puertas de las casas y se cierran los postigos. Siendo de día es como si no fuera, como si fuera presentimiento de noche. Se buscan los héroes para remediar el acoso de miedo, pero no están, son como aves emigratorias que hubieran partido hacia las cálidas regiones de los sueños. Ya están de nuevo los hombres rodeados de realidad, a merced de la inmarcesible soledad.

Las cosas han vuelto a su ser, se ha impuesto el severo y duradero regreso del volátil y pasajero progreso. Los hielos caen sobre la flor de los árboles, murieron de sed las semillas en los féretros de los surcos de las sementeras, diezman los ganados y acallan entristecidas las rucas.

Definitivamente se pueden dar por muertos a los héroes sin que hubiera habido descomunal y gloriosa contienda. No han fenecido en ningún campo de batalla de ninguna guerra. Ya no quedan más que hombres, ya sea el labriego encorvado sobre el mísero terruño, ya el trasnochado señor contemplando el orín de las armas o el piadoso rezando en los sombreros vanos de las iglesias.

Propiamente se podría decir que en las épocas de regreso, ubérrimas en decaimientos, el poder genesiaco del hombre se agosta, el viril coraje marchita; pero sería conferirle al hombre unas cualidades de las que carece, y nombrarlas sería más un insulto que un elogio, más humillación que encomio. Y la comprensión ha de comenzar con la caridad y mejor con la lástima, con ese hermoso sentimiento de enternecimiento por los demás, por nosotros mismos.

Exigir arrestos cuando en el horizonte de la sociedad pintan los colores del ocaso es quizá desconocer la verdadera naturaleza del hombre, que es de por sí apocada, cobarde, si esta fuera la palabra y no más bien humana. De cierto es que la pesadumbre pródigamente aflora al atracar la sociedad en el mar incierto de la decadencia y el progreso se siente como una apagada o, quizá, una fantaseada luminaria.

Al afligido se le podrá tildar de cobarde porque las ganas de vivir las ha vaciado la tristeza, porque el ánimo se ha tornado en una consciente aflicción, que no puede superar salvo con la inconsciencia, con negarse a saber qué ocurre. Tomar consciencia de lo que alrededor acaece es conocer de la imposibilidad que el lodo supere la altura de los ojos cuando ya comienza a anublarse la vista.

El *hombre* es un inmenso continente en el que tiene cabida una pluralidad de hombres que se hunden en la adversidad y sólo unos pocos, los de menos peso, cuya gravidez es diminuta, flotan carentes de conciencia del maremágnum en el que intentan sobrevivir a costa de los débiles, de los adoloridos de conciencia.

Faltos de término más preciso, llámense valientes. No sin razón, si por razón se entiende la atroz violencia, los desaforados gritos de la soldadesca que con feroces dentelladas mutila el cuerpo social y envilece su alma hasta el extremo de la denigrante servidumbre. Desaparecen los hombres bajo el andrajoso atuendo de siervos o la semidesnudez de los esclavos, y no sólo estos, también los que treman debajo de las honorables togas de senadores o se adornan con los dorados yelmos que ocultan la cobarde y reseca palidez del rostro al oír: *Si me amas, mátate, muere por mí.*

Ese ha sido el *dictum* de todos los tiranos de todas las decadencias que han postrado a la humanidad desde que la palabra *Imperio* ocupó su tétrico y primigenio lugar en la historia.

Al igual que la naturaleza se desvela de la manera más simple, el progreso o el regreso de la humanidad no ha de adentrarse en la complejidad discusiva de una razón que amanece revolucionaria en unos tránsitos históricos y en otros amortece y amortaja de ocaso la acobardada masa, que con dubitativos pasos y absoluta ceguera hace

futuro sin saber que lo hace: sus tropiezos y tanteos no obedecen a ningún pensado hacer, sino al llano resistir.

La dorada valentía y la cobriza cobardía, y sus correlativos diminutivos o aumentativos, escasa la primera, abundante la segunda, pretenden persuadir sobre la existencia de unas voliciones sustentadas en una razón vital desembarazada de la realidad, a la que modela atendiendo a su portentosa e impoluta naturaleza prometeica.

Los hechos podrán ser cuáles quieran que sean. Simplemente están ahí como la piedra a la espera de que la razón tome ímpetu vital y la transforme en piedra de molino.

Los prodigios en el mundo de la ideas son fáciles de sostener al carecer de la gravedad que precipita las cosas hacia los suelos; sin embargo, es más costoso comprender si la razón vital, luminosamente aérea, vale para comprender la pretendida maleabilidad de los hechos. El hecho de la arcilla convertida en jarra por el ingenio del alfarero que a semejanza de Dios no ha sentido la sed ni tampoco fue urgido de la necesidad de contener el agua en una vasija para beber.

Llegado a este hito, es requerido hacer un alto para meditar si el caminar es guiado por la razón que allana las encrespadas pendientes y abre pasos francos entre los rocosos montes o se está engañando y no exista otra ruta que la impuesta por la necesidad de andar, ya por pedregales, ora al borde de barranqueras o cruzando tumultuosas corrientes.

La concepción de la existencia no es la existencia, tampoco el pensamiento de la vida la propia vida. En suma, pensar no es vivir: es inclemente existir, que muy desgraciadamente es ajeno a la razón que tratando de sorprender y abarcar la realidad humana pierde el señuelo de vital y se convierte en invital prótesis.

No es malo en sí pensar en picar piedra, pero es algo exterior al esfuerzo del picapedrero que alza con destreza y fuerza el mazo para arrancar de la piedra el vivir. A través de la experiencia el oficio de picapedrero trascenderá al oficio de vivir. Rompiendo y apartando piedras irá descendiendo a las profundidades de su conciencia para no hallar la imposible alma de la nada.

La suerte es que jamás llegará a ese fin porque la cantera es inagotable para un cuerpo progresivamente fatigado y cuyas encallecidas manos no serán más que fieles reflejos de la angustia y la desesperación.

Se hace preciso buscar algún atajo para esquivar el serio compromiso de reconocer en uno el *job* que lleva dentro: llagado, purulento, sobreviviendo sobre la pestosa podre y con los labios reseco rogando perdón por la ninguna falta cometida, reo del capricho de un Dios que se conforta al verle sumido en la impotente paciencia. Y qué otro remedio pueda haber que no creer en nada, en nadie, y más que en nadie en uno mismo, que ya en sí es una cárcel en la que habita un alma llagada en los claroscuros de las celdas.

Pudiera no ser casualidad que aquel don Quijote, injustamente no nombrado *Caballero sin Fe* fuera engendrado en una cárcel *donde toda incomodidad tiene asiento, y todo triste ruido hace su habitación*.

Estar en la cárcel en aquel malhadado y menguado siglo, en el que cupo el alumbramiento y los estertores de un Imperio, tan fugaz que apenas dejó memoria de esplendores en desigual cambio con oscuros recuerdos de miserias. En el transcurso de una mal contada media centuria se pasa de la abundancia a la escasez, de la riqueza a las penurias, de la gloria al fracaso. ¿Qué había sucedido? Cuando la bruma del tiempo alzó los vuelos sobre los siglos quinientos y seiscientos y dejó ver con toda amplitud, claridad y serenidad el pasado: los hechos comenzaron a hablar con trágica mudez de lo ocurrido.

La ola de prosperidad que como don bíblico había llovido incessantemente desde la mitad del quinientos sobre Europa, gracias fundamentalmente a las innovaciones tecnológicas, al crecimiento de la población y a la tregua de las pestes, llegada apenas la década de los cincuenta del siglo XVI, aquella pleamar de riqueza se había tornado en una bajamar que dejaba al descubierto la aridez de los campos de Castilla, la suciedad y abandono de las ciudades, la ingente cantidad de mendigos necesitados de morir de no recibir el auxilio de la caridad cristiana.